



Al doctor Terry le impresionó la ética con que se comportó el personal médico en Girón, del que formó parte siendo estudiante de segundo año de Medicina. | foto: Jesús Martínez

Atendimos por igual a combatientes y prisioneros

| Alina Martínez Triay

“A la primera persona que presté asistencia médica cuando llegamos a San Blas fue a un mercenario al que acababan de hacer prisionero. Tenía un casco de metralla incrustado en la espalda y mucha fiebre, porque la herida se le había infectado. Noté que trataba de ocultar su rostro, que se me hizo familiar, pero de momento no lo reconocí. Minutos después me dijeron que habían capturado a Calviño e inmediatamente me di cuenta de que era él.

“No pude evitar que mi pensamiento se retrotrajera a noviembre de 1957, cuando estuve preso junto con otros revolucionarios en la Quinta Estación de Policía, donde Calviño y otros esbirros a las órdenes del siniestro Esteban Ventura Novo, sometió a las más atroces torturas a los luchadores clandestinos que capturaban (por lo que posteriormente fue juzgado y condenado a la pena máxima), y pensé: mira lo que es la vida, venir a encontrarme cuatro años después en un lugar como este a semejante individuo, y darle la misma atención que a nuestros compañeros heridos.”

Este episodio forma parte de las más fuertes vivencias del doctor Héctor Terry, quien en abril de 1961 cursaba el segundo año de la carrera de Medicina en la Universidad de La Habana. Junto con otros integrantes de la Sanidad Militar de las Milicias Nacionales Revolucionarias partió el día 18 hacia Girón.

“Llegamos al central Covadonga y después fuimos ubicados en San Blas, para participar con los milicianos del Batallón 113 en la búsqueda de los mercenarios ya derrotados que se habían internado en las zonas pantanosas de la Ciénaga de Zapata.

“Me impactó profundamente la muerte de uno de mis compañeros de curso, Pedro Borrás Astorga, abatido el 20 de abril por un grupo de mercenarios que se encontraba emboscado.

“Un ejemplo de la ética con que trabajó allí el personal médico, lo ha relatado el doctor Gilberto Gil. Habíamos llevado a Girón una sola férula de Brown, dispositivo que se emplea en determinados tipos de heridas asociadas a fracturas. Llegó un mercenario herido que la necesitaba y se le puso, y con minutos de diferencia trajeron a uno de nuestros combatientes que también la requería, pero a nadie se le ocurrió quitársela al prisionero para ponérsela al compañero, la solución fue improvisar su curación de la mejor manera posible.

“Esta fue para nosotros, como estudiantes, una experiencia inolvidable.”



Manipulado por la CIA y temeroso de los ataques de sus opositores, John Fitzgerald Kennedy cargó con una derrota en el intento de acabar con la Revolución por la fuerza de las armas

| Luis Jesús González

Al mediodía del 19 de abril de 1961, un ambiente de frustración envolvía la atmósfera refrigerada del despacho oval de la Casa Blanca. Los últimos partes sobre la situación en Cuba presagiaban la inminente derrota de la invasión y los más cercanos colaboradores del presidente Kennedy intentaban disminuir los efectos del mayor golpe político de la estrenada administración.

Temerosos de la cólera del gobernante, sus asesores buscaban las palabras mágicas que conjuraran el tenso ambiente, pero la reacción violenta quedó postergada cuando Kennedy evocó un antiguo adagio: “las victorias tienen cien padres y la derrota es huérfana”. Tal vez sin proponérselo, la frase marcaría sus acciones futuras.

“Yo soy un funcionario del gobierno”

Pocos días después de convertirse en el trigésimoquinto presidente en la historia de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy se reunió con el jefe de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), Allen Dulles y su jefe de operaciones, Richard M. Bisell, en una residencia de la localidad floridana de Palm Beach para conocer los detalles de la Operación Pluto, nombre dado por el Pentágono a la invasión militar de Cuba por una brigada formada por elementos radicados en territorio estadounidense.

Desde el primer momento, el futuro gobernante mostró sus reservas al proyecto, de ahí que, nueve días más tarde, Dulles retomara el tema con la intención de entusiasmar a Kennedy con un plan en ejecución, definido de antemano por el gobierno de Dwight D. Eisenhower.

Implicado desde sus inicios en el programa anticubano, el vicepresidente Richard M. Nixon había presionado a la CIA para ejecutar la invasión antes del 8 de noviembre, con el fin de evitar que los demócratas se apropiasen de una victoria sobre el comunismo, concebida y gestada por los republicanos. A mediados de 1960, Nixon consideraba que un triunfo de la brigada mercenaria en Cuba le abriría las puertas de la Casa Blanca.

El mismo día en que Kennedy se reunía con Dulles y con Bisell en Palm Beach, el veterano agente de la CIA, Jacob Esterlina, jefe de la sección 4 y uno de los padres del proyecto de invasión a Cuba, redactó un memorándum en el que reconocía que el concepto original de la Operación Pluto ya no era factible, porque el esperado levantamiento interno resultaba imposible y la única solución viable era una acción conjunta de la CIA y el Departamento de Defensa, que implicara a las fuerzas armadas de Estados Unidos. Este informe fue ocultado a Kennedy, quien supo de su existencia a fines de 1961, después de ordenarle a su hermano Robert, entonces secretario de Justicia, la investigación de la comunidad de inteligencia.

En 1996, Richard Bisell reconocería en sus memorias que a inicios de 1961 estimaba que las posibilidades de éxito de una brigada invasora de algo más de mil hombres, medianamente entrenados, “no eran demasiado buenas”. Sin embargo, vaticinó al presidente un desenlace diferente.

A partir de la toma de posesión de Kennedy, la CIA multiplicó su ofensiva para obtener la aprobación presidencial. Entre los métodos utilizados estuvieron varias filtraciones en la prensa acerca de los preparativos de los expedicionarios en Guatemala, Florida y Nueva Orleans, como forma para comprometer al nuevo gobernante, mientras, en círculos conspirativos, la CIA insistía en el peligro de paralización del proyecto por la llegada de las lluvias.

De acuerdo con investigaciones realizadas a lo largo de 45 años, las dudas de Kennedy respecto al triunfo de la expedición mercenaria no desaparecieron jamás, pero, al mismo tiempo, detener la invasión implicaría una oleada de ataques de los republicanos.

Además, entre enero y marzo de 1961, resultaba imposible cancelar la operación, dado lo avanzado del proyecto y los peligros alentados por Bisell sobre el

destino de la brigada invasora. “No podemos dejarlos sueltos en el Parque Central de Nueva York”, aseguran que dijo el jefe de operaciones de la CIA, en tanto, Arthur Schlesinger confiesa que el mandatario pensaba que era mejor deshacerse de los mercenarios en Cuba que en Estados Unidos.

Kennedy consultó emplear al ejército guatemalteco para interrumpir los preparativos, idea desechada ante el temor de que los mercenarios se rebelaran y depusieran el gobierno de Miguel Ydígoras. Otro remedio presidencial fue enviar a los contrarrevolucionarios a la isla de Vieques, con el fin de que los marines los pusieran a buen recaudo, pero esta iniciativa fue rechazada por los mandos militares.

El 3 de abril de 1961 el mandatario estadounidense convocó al senador demócrata por Arkansas, William Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, para analizar las consecuencias de una intervención militar, pero el rechazo abierto del legislador incrementó las dudas del inexperto gobernante, quien aprobó el plan de la CIA —denominado ahora Zapata— sólo cinco días antes del desembarco, con la condición de que bajo ningún pretexto habría intervención directa de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Cuba.

Pocas horas después de confirmar la derrota de la brigada mercenaria, Kennedy llamó por teléfono al abogado Clark M. Clifford, a quien describió los errores cometidos por la CIA y prometió que removería la comunidad de inteligencia, a la que definió como “un poder paralelo” capaz de hundirlo.



La venganza de Kennedy

Inconformes con una derrota impuesta, varios funcionarios demócratas develaron la paternidad de la administración Eisenhower, lo que colocó a Kennedy a las puertas de una confrontación con los republicanos.

El sábado 22 de abril de 1961 y con la determinación de sofocar el conflicto entre los dos partidos, el Presidente sostuvo una reunión con el líder de la mayoría republicana en el Senado, Barry Goldwater, el ex presidente Eisenhower, el influyente Nelson Rockefeller, y Richard Nixon, en Camp David. Entre todos acordaron que el mandatario asumiría la plena responsabilidad de la fracasada invasión mercenaria y a cambio, los republicanos respaldarían todas las declaraciones de la Casa Blanca.

Al día siguiente, a través del vocero presidencial, Pierre Salinger, el gobierno demócrata declaraba su total implicación con el desastre de Bahía de Cochinos, primer disparo de la guerra entre Kennedy y la CIA.

Cuentan que tras escuchar al gobernante solicitarle la renuncia, Allen Dulles perdió su atildada compostura diplomática y llamó “traidor” a Kennedy, quien incapaz de contenerse golpeó la mesa de su escritorio, profirió una amenaza que más de uno asegura que le costó la vida: “Le juro que voy a romper la CIA en mil pedazos, y luego los esparciré al viento”.

Como parte de la comedia acordada, el 29 de diciembre de 1962, ante los más de mil contrarrevolucionarios concentrados en el estadio Orange Bowl, en Miami, un compungido presidente recibía en custodia de la jefatura de la derrotada Brigada 2506, una supuesta bandera de combate, en realidad enviada desde Washington, con el compromiso de “devolvérsela a una Habana libre”. Cuarenta y cinco años después, los enemigos de la Revolución no encuentran quien cumpla la promesa de Kennedy.